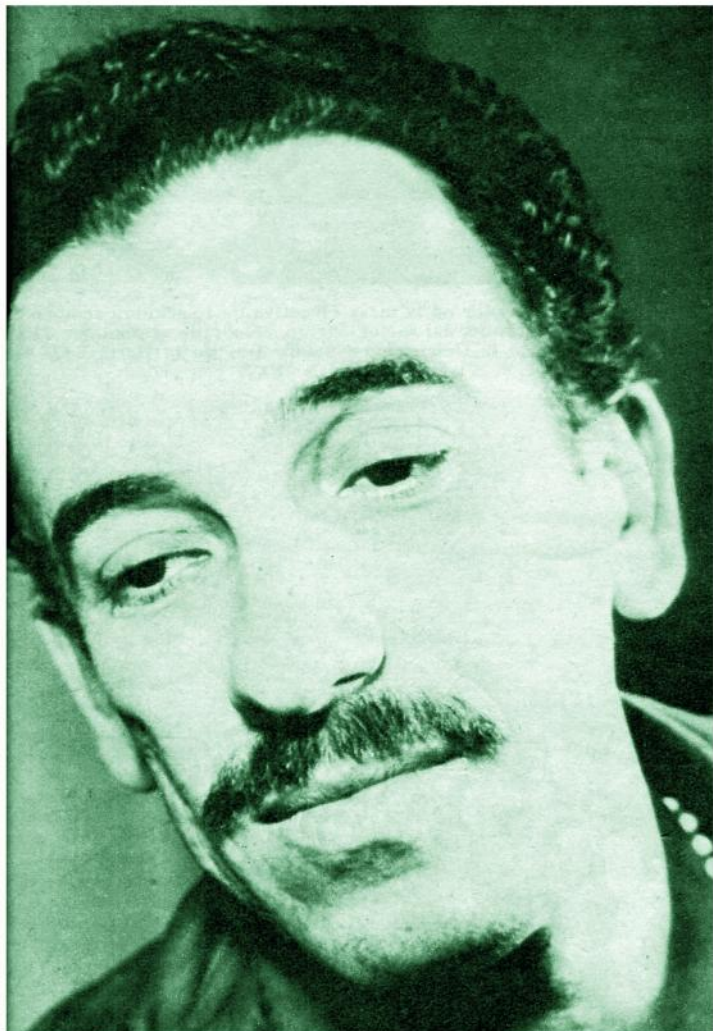


Por Qué Se Rindió el Comandante JOSÉ QUEVEDO



"Sólo diez o doce hombres pudieron escapar".

El comandante José de la C. Quevedo y Pérez fue uno de los oficiales del disuelto Ejército Nacional que más se destacaron en la lucha de liberación iniciada por el doctor Fidel Castro en la Sierra Maestra. Su intervención en las operaciones estratégicas sobre las estribaciones de la famosa cordillera es, generalmente, conocida. La inutilidad de cuantos esfuerzos realizó la Dictadura por derrotar o al menos contener a los rebeldes no es un suceso que haya que repetir. El comandante Quevedo, entre otros oficiales dignos de las Fuerzas Armadas, sabía esto y, lo que es más importante aún: actuaba convencido de que el ímpetu de los insurreccionales era indestructible y que todo el pueblo respaldaba aquella actitud prestigiada por el heroísmo y la dignidad ciudadana.

Joven, culto, lleno de ideales, el comandante Quevedo es de esas personas cuya sinceridad no admi-

te dobleces de ningún tipo. Lo que él sabe con respecto al conflicto bélico epilogado con el triunfo de las milicias fidelistas, debe ser, en su opinión, del dominio de todos.

Así, su palabra revistió un acento de pureza cuando lo visitamos en el Campamento Militar de Columbia y nos relató con señalada exactitud los hechos en que él fue principal protagonista en uno de los instantes más trascendentes de la contienda ya terminada.

Hacia Maffo

—El cuatro de marzo del año pasado —comenzó—, me dirigí a Maffo para dar inicio a las operaciones militares. Sustituía al capitán Sierra al frente de la Compañía Escuela de Cadetes y G-4

"Se expresaban en forma caballerosa".

"Cercados y hambrientos, la Dictadura nos lanzaba desde el aire cartuchos de pan con guayaba. — expresa.

El recuerdo de la Universidad y los ideales juveniles.— El batallón y la compañía destruidos.— Junto a la comandancia suprema.— La carta que hubiera adelantado el acercamiento.— Tarea en favor de la rendición de los militares.— En la Caravana de la Victoria.

Fotos de BARCALA

En Maffo, donde radicaba la compañía, y en Charco Redondo, contaba con personal. Mi intervención en ambos lugares fue de orden público. Traté de ganarme al pueblo. El nueve de junio mi compañía se había convertido en un batallón.

El local donde nos encontrábamos estaba ampliamente bañado por la luz de la mañana clara. A través de la ventana contemplábamos el hormigueo de barbudos y soldados confundidos con gente del pueblo que por primera vez entraban libremente en Columbia.

—Luego nos alejamos en misión secreta hacia la desembocadura de un río, en Palma Mocha, pero decidimos instalarnos en Las Cuevas. Allí hicimos intensa labor de limpieza durante una semana. Me habían encargado el rescate de prisioneros civiles y militares que es-

taban en poder de Fidel. También se me había encomendado la tarea de limpiar lugares como El Naranjal y El Jigüe y establecernos aquí.

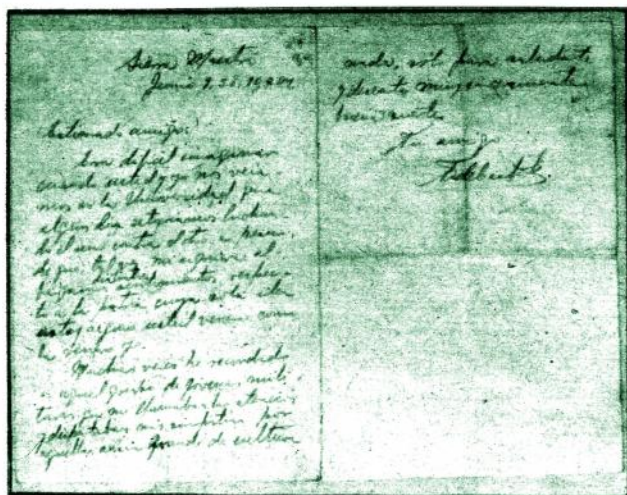
Explicito, el comandante Quevedo recalcó:

—En términos militares, limpieza es operar en una zona, hacer prisioneros, etc.

Catorce encuentros

—Del nueve de junio al once de julio —añadió— tuvimos catorce encuentros con las fuerzas insurrectas: en Alto de la Caridad, en la desembocadura del río La Plata, Puriarón, El Naranjal, Camarncito y otros lugares. El once de julio, los fidelistas me hicieron un cerco en El Jigüe. Carecíamos de alimentos. El día tres, sin embargo, llegó alguna comida, pero el diez se había terminado.





Facsimil de la introducción y final de la carta enviada por el Dr. Fidel Castro al comandante Quevedo el 9 de junio de 1958 y que el destinatario recibió cuando se encontraba prisionero del jefe rebelde.

LA CARTA DE FIDEL CASTRO A QUE HACE ALUSION EL COMANDANTE QUEVEDO

Sierra Maestra, 9, 58, 10 a. m.

Estimado amigo:

ERA difícil imaginarme cuando usted y yo nos veíamos en la Universidad que algún día estuviéramos luchando el uno contra el otro, a pesar de que, tal vez, ni siquiera albergáramos distintos sentimientos respecto a la patria cuya sola idea estoy seguro usted venera como la venero yo.

Muchas veces he recordado a aquel grupo de jóvenes militares que me llamaban la atención y despertaban mis simpatías por aquella ansia grande de cultura y el esfuerzo que hacían por seguir los estudios. Supe apreciarlo cuando por mi mente estaban muy lejos las cosas que están ocurriendo.

No tenía entonces, como no tengo hoy, a pesar de lo doloroso de las circunstancias que han situado a las Fuerzas Armadas junto a la más nefasta política que recuerda nuestra historia, sentimientos de odio contra los militares. He enjuiciado con palabra dura la actuación de muchos y en general del Ejército, pero jamás mis manos ni las de ninguno de mis compañeros se han manchado con la sangre ni envilecido con el maltrato de un militar prisionero, que en uno de los combates, Uvero, llegaron a treinta y cinco, entre heridos e ilesos, hoy todos en libertad y hasta en servicio. Sin embargo, en aquella misma ocasión un herido nuestro, que por su gravedad dejamos en manos del médico militar, ni siquiera fue dejado en libertad al curarse, por un elemental gesto de reciprocidad con los que habíamos liberado a treinta y cinco adversarios, y ese compañero, inválido a causa de la herida recibida, se encuentra en las galeras de Isla de Pinos. ¡Qué distinto ha sido todo, amigo mío! ¡Cuántos hechos horribles han deshumanizado el uniforme que usted lleva puesto! Más, no hace falta el testimonio mío. Cualquier hombre culto, consciente y sensible, investigaría y analizaría por sí solo.

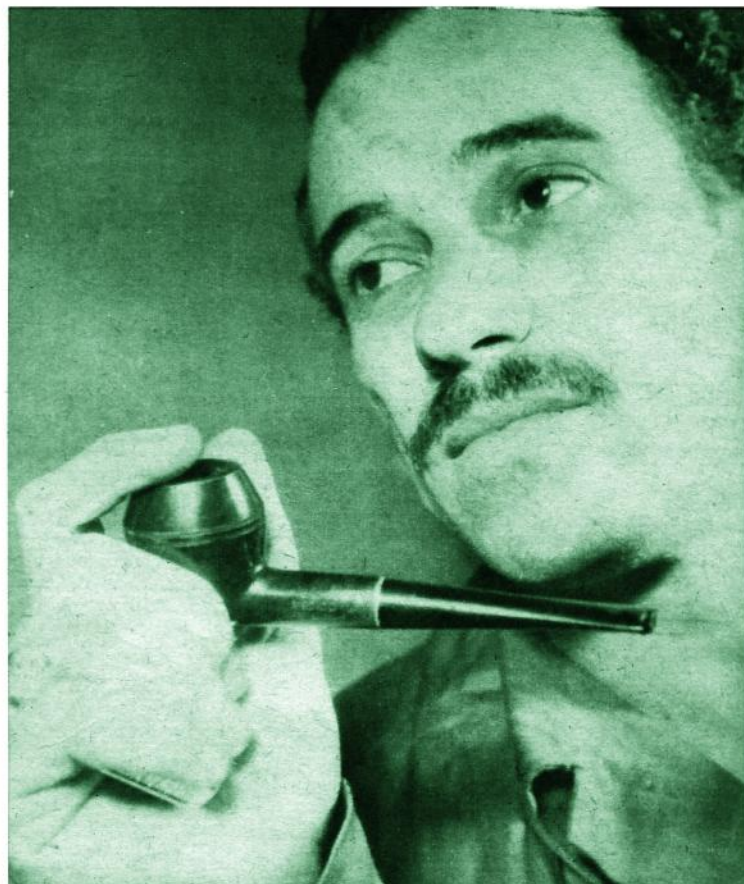
Ni siquiera el espíritu de cuerpo, que es sostén de la unión, el sentimiento que explotan los que han llevado al Ejército a una guerra absurda e insensata, existe realmente, porque el más digno, el más honorable de los militares, por simples sospechas puede ser detenido, humillado, golpeado y lanzado a las mazmorras de una prisión como vulgar delincuente, lo que no toleraría jamás ningún ejército con verdadero espíritu de cuerpo en las personas de sus oficiales.

Muchas veces me he preguntado por ti y los otros compañeros que contigo estudiaban. Me decía: ¿dónde estarán? ¿Los habrán arrestado y licenciado en alguna de las tantas conspiraciones? ¡Qué sorpresa saber que estás por aquí! Y aunque sean duras las circunstancias, hasta me he alegrado de saber de uno de ustedes, y te escribo estas líneas sin pensarlo, sin decirte ni pedirte nada, sólo para saludarte y desearte muy sinceramente buena suerte. Tu amigo,

Fidel Castro.

El ex-estudiante de Derecho persistió en la intensidad del relato: —En la madrugada del once, cuando me disponía a enviar hombres en busca de comestibles —prácticamente estábamos pasando hambre— comenzó un nutrido tiroteo, en el cual resultó herido uno

de nuestros soldados. La situación se agravó, por la falta de alimentos y la precaria posición en que nos hallábamos. Dos pelotones no pudieron romper el cerco en que habíamos caído. Murieron cinco hombres. El día doce continuaba el tiroteo intensamente en el campa-



"Fidel dijo que haría un alto al fuego".

mento. El trece envié la compañía ciento tres, la mejor con que contaba, al objeto de tratar de romper el cerco, llegar a la desembocadura del río La Plata y reabastecernos.

El cerco inexpugnable

—Dividí la compañía entre pelotones —recordó el Comandante— uno marchó por el firme; otro por la ladera de una loma y el otro por el camino del río, único lugar por donde podían transitar los mulos. Pero ninguno de los tres pelotones pudo romper el cerco inexpugnable.

Sobre una breve pausa, nuestro informante admitió:

Conchita Fernández y el comandante Quevedo, que fuera secretaria de Eddy Chibás.

—Dos de los pelotones regresaron completos. El tercero quedó en manos de las huestes insurreccionales con importantes bajas. Sólo diez o doce hombres pudieron escapar. Sin comunicación de ningún género, redacté un mensaje y lo envié con un hombre que debía infiltrarse en las líneas rebeldes, si era posible llegar a la costa, por la desembocadura del río La Plata, donde estaba la compañía G-4 y se comunicara con la fragata "Máximo Gómez".

Fuerte batalla

—Si nuestro enviado arribaba a la fragata, ésta debía lanzar tres





"Se encontraron hermanos que combatían".

municiones y comida e intentar rescatarnos.

Apuntó nuestro comunicante:

—Yo recomendaba que todos los batallones del norte, que estaban estáticos, fueran utilizados. No había duda de que atacar por ese extremo era conveniente. Al fin mandaron un batallón de refuerzo por el mismo lugar por donde enviaron la compañía G-4, pero corrió la misma suerte que la compañía.

Con soltura en los vocablos, el comandante Quevedo no se detuvo.

Alto el fuego

—Al noveno día, ya distribuidos por nosotros los refuerzos, Fidel

dijo que haría un alto al fuego porque me dirigiría una carta, la que recibí. En ella me explicaba la situación descarnadamente. Hacía mención a la época en que ambos éramos alumnos universitarios y consignaba todo género de halagos para mi persona. Le respondí que esa misma noche podíamos entrevistarnos en el lugar que él escogiera y que para ello me enviara un caballo.

El comandante Quevedo continuó contando la historia de aquel hecho:

—Durante la tregua, rebeldes y soldados confraternizaron. Esto

(Continúa en la Pág. 120)

"Rebeldes y soldados confraternizaron".

POR QUE SE RINDIO ... (Continuación)

cañonazos con luces de bengala. El hombre llegó. Luego, al amanecer, recibimos varios aviones. Entonces comenzó la batalla. Desde luego, tuve necesidad de pedir refuerzos urgentes. Mi clamor fue oído y decidieron enviarme la compañía completa. Recomendé que no fuera así. Aduje que la compañía estaba pésimamente armada y, por otra parte, no tenía experiencia. Su virtud era sólo recibir heridos.

Contuvo su énfasis.

—El resultado, como era de esperarse, fue desastroso: la compañía no pudo llegar hasta nosotros y los rebeldes le ocuparon parque y medicinas. Tuvo que regresar desmembrada, maltrecha.

Exhortación de Fidel

—Mientaas tanto —siguió adelante el comandante Quevedo—, de

día y de noche los rebeldes comenzaron a comunicarse directamente con nosotros. Habían instalado unos magnavoces y a través de ellos nos conminaban a que nos rindiéramos. Sobre mí, en especial, se expresaban en forma caballerosa. Fidel, personalmente, me exhortaba, rememorando los días en que él había sido compañero mío en la Universidad. Decía que para él resultaba demasiado amargo tener que combatir, pero que las circunstancias no podían evitarlo. Con posterioridad, el puesto de mando organizó un batallón completo para trasladarlo hasta nosotros con

El comandante Quevedo, su esposa y un oficial de la Primera Columna de Fidel Castro conocidos por el Capitán "Cheo".

